



La inquietud del amor
text

Aldana Buscarini

La Inquietud del Amor

Por Aldana Buscarini

Introducción

JUNIO DE 1978

Bruno esperaba, fumando nervioso, la llegada de su compañera Marta, *la Tana*, como la llamaban en el grupo. Ambos militaban en Montoneros, y esa tarde Bruno aguardaba ansioso los panfletos que llevarían a la próxima reunión.

De repente, la vio llegar. Pero antes de que pudiera acercarse, dos tipos emergieron de la nada y la agarraron por

sorpresa. En ese mismo instante, otros dos sujetaron a Bruno con fuerza bruta.

Aquel jueves se convirtió en oscuridad. En el lugar donde estaban, la luz no entraba. El miedo helaba la sangre, y el tiempo pareció detenerse. Bruno nunca supo qué pasó con Marta. Él fue arrastrado inconsciente por una figura esbelta, una sombra que lo llevó hacia la oscuridad eterna.

Junio de 1978 fue el último mes en que Bruno vio el sol.

Capítulo 1:

La sombra del pasado

El tiempo había pasado, pero para Bruno, aquel día de junio de 1978 seguía siendo una herida abierta. Vivía en una casa antigua, rodeado de libros y recuerdos que intentaban llenar el vacío que Marta había dejado. Las noches eran lo peor. La oscuridad le recordaba demasiado a aquel jueves de junio, a los gritos, a las sombras que se llevaron todo lo que amaba.

Esa noche, mientras caminaba por el parque bajo la luz tenue de la luna, vio a una mujer sentada en un banco. Llevaba una mochila llena de libros y telas, y en sus manos sostenía un cigarrillo. La luz de

la luna iluminaba su rostro, y Bruno sintió que el tiempo se detenía. Era Helena.

Se acercó a ella, pero no dijo nada. Solo la miró, y en sus ojos encontró algo que no había sentido en años: una chispa de vida, de esperanza. Helena lo miró a su vez, y en ese instante, ambos supieron que sus vidas estaban a punto de cambiar.

—¿Quién sos? —preguntó Helena, rompiendo el silencio.

Bruno sonrió levemente.

—Soy el que te va a acompañar a fumarte ese cigarrillo. Soy el que ve tu interior y escucha tu corazón pasando por acá. Soy el que se pregunta qué haces tan sola a esta hora.

Helena rio, y por primera vez en años, Bruno sintió que algo dentro de él se iluminaba.

Capítulo 2: **Viajar en el tiempo con sus ojos**

Helena sacó un cigarrillo de la mochila, plagada de libros, cuadernos y telas. Lo encendió mientras miraba la luna. Siempre había sido así: la luna le advertía su estado de ánimo, como un espejo plateado que reflejaba sus emociones más profundas.

Un hombre pasó frente a ella, pero se detuvo a mitad de camino. Se miraron. Un pequeño escalofrío recorrió sus cuerpos.

Bruno advirtió la belleza de Helena y el inquietante parecido con Marta. Helena, por su parte, sintió que los ojos de Bruno la transportaban a algún lugar de su infancia, un recuerdo lejano y difuso.

Se miraron, y a Bruno se le fue la sed. A Helena se le fue la locura.

—¿Quién sos? —preguntó ella, rompiendo el silencio.

Bruno pensó dos veces antes de responder:

—Soy el que te va a acompañar a fumarte ese cigarrillo. Soy el que ve tu interior y escucha tu corazón pasando por acá. Soy el que se pregunta qué haces tan sola a esta hora.

—Alguien con gran poder de observación
—dijo Helena, sonriendo levemente—.
Pero, ¿tu nombre?

—Claro, necesitas un nombre. Bruno
Paroli. ¿El tuyo?

—Helena Díaz.

Esa noche, las calles se volvieron extrañas.
El parque brillaba bajo la luz de la luna, y
la palidez de Bruno resplandecía con las
luces del lugar. Se fueron conociendo, de
a poco. Bruno la quería para él esa misma
noche. Así de intenso fue el viaje que
inició en los ojos de ella.

Capítulo 3: La casa de Bruno

La casa de Bruno era un lugar extraño, lleno de contrastes. Una pequeña galería llena de plantas daba la bienvenida, pero las puertas negras, altísimas, parecían imponer un límite entre el afuera y el adentro. Una vez que se cerraban, el mundo exterior dejaba de existir. Dentro, la calidez extraña de un hogar antiguo se mezclaba con la sombra de algo que Helena no podía definir. Sillones desgastados, libros apilados en cada mesa y, al fondo, una habitación oscura que parecía absorber la luz.

Helena se distrajo con los vidrios de las ventanas. Estaban polarizados, lo que le

resultó extraño.

—¿Te molesta la luz? —preguntó con un dejo de curiosidad.

—Algo —respondió Bruno, evasivo—. ¿Tomás vino?

Helena caminó hacia el sillón, un poco tensa.

—Sí —dijo, aún pensativa por lo que veía a su alrededor. Nunca entraba a una casa sin antes ver la salida, y allí no la había. Bruno sintió esa tensión en ella.

Le alcanzó una copa de vino mientras se sentaba a su lado, con un brazo apoyado en el respaldo del sillón.

—¿Algo te incomoda?

—Me he estado sintiendo mal últimamente —confesó Helena—. No sé, una crisis existencial, tal vez. Y también este lugar... tiene una energía tan rara.

Bruno la observó en silencio. De nuevo, esa sensación de conocerla, de ver a Marta en ella. Tan parecida, una y otra vez.

—¿Y si me contás un poco de tu vida? —preguntó, sirviéndose más vino.

—Es que no sé qué contarte —dijo Helena con una sonrisa nerviosa, tratando de evitar que sus miradas se encontraran—. Vivo en San Telmo, trabajo en una librería de libros viejos. Que, dicho sea de paso, le está yendo muy mal. Milito para el socialismo... no mucho.

—¿Y vas al parque de noche?

—Sí. También conozco chicos raros, como vos.

—Yo no soy raro —dijo Bruno con una sonrisa que resultó bastante atractiva para ella—. Soy único.

Se miraron de nuevo, y esta vez los besos llegaron. Dos almas que se unían, dos cuerpos que danzaban en aquel sillón bajo la luz de la luna. Helena se durmió. Bruno la miró, pensó y volvió a mirarla. Dormida, se sentía raro al imaginarla con él, tan igual y tan distinta a Marta.

En su cabeza resonaba mil veces la misma escena: corridas, gritos, y la última vez que la vio, arrastrada por hombres que

vendaban sus ojos, separando sus vidas para siempre. Pero allí estaba, viéndola en Helena. Y florecía en él algo que no sentía desde hacía décadas: las ganas de no estar más solo.

Capítulo 4: **Las noches venideras**

Helena estaba sentada en la puerta de la casa de Bruno. Era de noche, y él llegó cruzando por la esquina. La vio allí, con una tierna sonrisa dirigida hacia él.

—Qué extraño que sos —dijo ella, levantándose y acercándose a él.

—¿Por qué? ¿Porque no te dije adiós ayer?

—Porque sos extraño. Hasta tus ojos lo son.

Bruno sintió amor, solo eso. Amor por ella y una fuerte atracción que hizo que sus cuerpos se envolvieran en un abrazo. Entraron a la casa sin saber cómo llegaron a la cama, pero allí estaban, expresándose mutuamente con una pasión que los consumía.

Este era el comienzo de la historia de Helena y Bruno, tan distintos entre sí pero con almas tan cercanas.

Capítulo 5: Las partes que recorrer

La eternidad es solo un fragmento. Para Bruno, la calma la encontraba en los ojos de Helena, tan frágil y tan fuerte a la vez. Vivían en un mundo construido por ellos mismos, hablaban por horas de historias que solo ellos entendían. Helena había aprendido a amar la noche, pero la situación del país iba empeorando. Los primeros saqueos comenzaron, y el pueblo había explotado.

Ya no le quedaban noches en paz. Tenía que estar allí, con todos, empujando, ayudando... Bruno la esperaba en aquel parque, ya que Helena no respetaba el toque de queda. Él solo quería

acompañarla en su lucha, pero sin estar tan cerca. Sus preocupaciones eran otras.

La explosión sucedió. Las calles se convirtieron en un sitio de guerra. La policía abrió fuego contra el pueblo entero. Helena corría de un lado a otro, tratando de no perder el trabajo y de llegar a tiempo para verlo a él, a su refugio dentro de ese maldito caos.

Una noche, Helena le contó a Bruno sobre una pesadilla recurrente que tenía:
—Sueño con una mujer con los ojos vendados. Creo que está detenida.

—¿Cómo era? —la interrumpió Bruno, sentándose a su lado con gran curiosidad en sus ojos.

—Tenía el pelo negro, la piel blanca, pero estaba tan sucia que no la veía bien. Creo que estaba embarazada.

—¿Te decía algo?

—Me llamaba a mí o a otra... Al estar vendada, no sabía a quién le decía "hija". Era perturbador. Me decía: "Sé que sos mi hija". Bruno, ¿qué te pasa?

Bruno se paró de golpe y fue hasta la habitación. Salió rápidamente, como con urgencia, para mostrarle una foto que tenía guardada. Se aseguró de no mostrar ninguna en la que él estuviera.

—¿Esta mujer se parece a la de tu sueño?

Helena la miró, y apenas vio la imagen, un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¡Esta es la mujer que veo! ¡Sí, si le tapo los ojos, es ella!

—¿Desde cuándo aparece?

—Desde hace mucho. Es como un sueño recurrente. Hice tantas terapias para saber de qué se trataba. Fui a psicólogas, constelaciones... La última vez me dijeron que era adoptada. Me enojé y me fui.

Bruno comenzaba a pensar en lo impensable.

—Bruno, ¿y vos de dónde la conocés?

—Era la mamá de un amigo mío. Está desaparecida.

Helena tuvo un momento de espanto.
¿Por qué estaba soñando con una
desaparecida? ¿Qué le quería decir?
¿Estaba dispuesta a escuchar? En la última
constelación, prácticamente salió
corriendo.

—¿Cómo se llamaba?

—Se llama Marta. Se llama, porque tienen
nombre todavía... —Bruno luchaba con
todas sus fuerzas para que ninguna
lágrima rodara por su mejilla. Sí, los
vampiros también lloran y sufren
desarraigos y procesos dolorosísimos.
Mientras los seres que aman se van, ellos
se quedan. Y Bruno sufrió la peor de las
condenas: quedarse mientras Marta se iba.

—Helena, quiero conocer a tus viejos.

—¿Para qué, amor? Son un problema. Mi mamá es... es rara. No sé, es una mujer reprimida y sumisa ante Carlos, mi viejo, que me cuesta llamarlo así. Nunca le dije "papá". Nunca se lo mereció.

—¿Por qué?

—Por cosas... —se paró nerviosa, no quería seguir hablando—. ¿Y si salimos?

—¿Salir? ¿Adónde, linda? Necesito que hablemos. Necesito conocer a tus viejos. No te cierres. Es parte de mi costumbre.

—Sos antiguo.

—Sí, puede ser. Soy así. Y vos sos terca. Tenés una verdad enorme ante tus ojos y aún así no la querés ver.

—¿Qué verdad? ¿De qué hablás? ¿Por un sueño me voy a guiar? ¡Dale, amor, dejate de joder! Las casualidades existen. Es parecidísima Marta a la mujer que sueño, pero no es más que eso: una casualidad.

Bruno no podía creer lo que escuchaba. Ella, tan terrenal y, a veces, tan básica.

—¿Por qué no querés que los conozca?

—¡Porque me da vergüenza! Bruno, me da terror que digan algo inapropiado. Si para mí te hacés extraño a veces, ¡imaginate para ellos! Una mujer que nunca salió de su casa, el mundo pasa a través de los noticieros. O sea, todo, hasta su opinión, está manipulada.

—Por el patriarcalismo de su marido —la interrumpió Bruno.

Helena lo miró. Sabía que había dado en el clavo. No había mejor descripción: un patriarcalismo que se respiraba y te ahogaba. Por eso había salido corriendo de aquel lugar para no volver jamás.

Y ahora, el ser que amaba con toda su alma le estaba pidiendo volver a ese lugar una vez más.

—¿Con qué necesidad?

—Con la necesidad de querer conocerte más.

—Pero no me vas a encontrar allá.

—Vos sí. Quedate tranquila que vos sí.

—¿Qué querés decir?

—Que es tiempo de cerrar ciclos.

—Bruno, a veces trato de entenderte, pero cuando hablás en clave, no.

—Llamalos. Mañana a las diez de la noche estamos allí con un buen vino para Carlitos.

Una mueca irónica en la cara de Bruno hizo reír muchísimo a Helena.

—Está bien, está bien. Mientras todo se está yendo a la mierda, nosotros vamos a cenar con mis viejos...

—Mientras todo se va a la mierda, te podés refugiar acá.

Bruno hizo un gesto invitándola a abrazarlo. Helena corrió hacia él, no pudiendo evitar la ternura inmensa que sentía por él. Lo ama, lo adora.

Se prepara para hablar con ellos después de un tiempo largo sin verlos. Les anuncia que va a ir a cenar con ellos para presentarles a su novio, Bruno.

La conversación con ambos fue amena, tranquila. Ambos accedieron, con una especie de alivio de que Helena haya aparecido después de un tiempo sin verla.

Ya estaba todo en camino. A las diez de la noche del día viernes, iban a cenar.

Helena se sentó en el sillón, mirando al vacío, sabiendo que tenía que arrancar al otro día con la idea de volver a verlos.

Capítulo 6: La cena

La noche llegaba, y Helena no quería saber nada. Por primera vez, no quería que se hiciera de noche. Algo malo sentía, un mal presentimiento. Disfrutaba la calidez de su casita, de los mates mirando por el balcón que daba a las calles de San Telmo. Y allí apareció Bruno, queriendo jugarle una de sus tantas bromas, pero ella ya lo había visto.

—¡Amor, te vi!

—No, mentira, jajaja.

—¡Sí, tarado!

Bruno apareció por detrás de ella como si nada.

—¿Y ahora?

Ella reía, moría de amor por él. Era como un niño, como una especie de payaso mágico.

Eran las 21 horas y ya tenían que salir. Bruno estaba tan tranquilo, como si hubiera esperado ese momento toda su vida. Helena amaba encontrar esa paz en él.

—Vamos, ¿estás lista?

—Dale, ¿tantas ganas tenés de

conocerlos?

—Quiero conocer a Carlitos.

—Dale, Bruno, no me jodas.

Ambos salieron riendo. Bruno se apresuró para abrirle la puerta del auto. Helena reía.

—Señor Paroli, prepárese para lo que se le viene.

Él sonrió, pero desde sus adentros sabía que, si su sospecha era cierta, su amada iba a tener que ser fuerte. Y allí la podía perder.

Las diez de la noche

Ambos estaban parados en la puerta.

Bruno tocó el timbre.

—Tranquila, pase lo que pase, va a estar todo bien.

María abrió la puerta.

—¡Ay, Helenita! —gritaba mientras la llenaba de besos.

—¡Mamá, para!

Bruno sonrió.

—Bueno, bueno, pero miren qué bella mujer.

Le agarró la mano y se la besó. María quedó perpleja.

—¡Pero mira qué caballero! Y muy lindo chico, Helena.

—Mamá, basta. ¿Y tu marido?

—¿Te referís a tu papá? ¿Por qué no lo llamás por su nombre? Nunca lo hiciste, y no entiendo por qué.

—Bueno, Carlos. ¿Dónde está?

María caminó apurada frente a ellos, nerviosa. Bruno escuchaba todos sus pensamientos y caminaba tras ella como en una procesión.

—Tu padre, ya sabés, loco como siempre. Y más ahora, que con esto del corralito le sacaron todos los ahorros. No se soporta ni él.

—¿Papá tenía ahorros? ¡Mira vos las cosas que una se viene a enterar! ¿Y cuándo los pensaba usar? Estuviste enferma y nunca puso un mango. Si no fuera por la tía Mirna, ya no estarías acá.

Carlos apareció en escena, frente a frente con Bruno. Se miraron unos segundos. El hombre sintió algo extraño, pero inmediatamente volvió la mirada hacia Helena.

—¡Hija querida! ¡Tanto tiempo sin verte!

Era solo eso el saludo. Helena esbozó una especie de sonrisa, mirándolo como si no quisiera mirarlo.

—Y vos debés ser Bruno —dijo Carlos, estrechando su mano con la del que parecía ser su yerno.

La mesa

La mesa ya estaba servida. Los cuatro sentados, hablando de cosas cotidianas para no incomodarse mutuamente. María estaba nerviosa, Carlos disimulando su malestar, Helena con su odio hacia ellos dos, especialmente hacia su padre, y Bruno tratando de escuchar los pensamientos de Helena para saber más. Nada, absolutamente nada, podía terminar bien.

—Bueno, Bruno Paroli, ¿no? —dijo Carlos mientras le servía más vino—. ¿A qué te dedicás?

—¡Papá! —interrumpió Helena.

—No, está bien, no hay problema —dijo Bruno—. Heredé unos negocios de mi papá en Italia, y acá vivo en la casa heredada de mi familia.

—Así que esta crisis no te tocó, ¿no? —dijo Carlos, riendo nervioso.

—Es imposible no sentirla, pero no, no me tocó lo económico. Aunque ya te digo, es imposible no sentirla, y más con una novia como ella, tan comprometida con la militancia, ¿no?

Helena lo interrumpió:

—Carlos, ¿por qué no hablás de vos? ¿De qué es lo que te pasó a vos con todo esto? Pero sin hablar de política, por favor.

—¿Y cómo hago, hija? Si esto es político.

—No lo sé, solo hacelo. Tus opiniones con respecto a mi militancia no me interesan, ni tampoco tu odio hacia todo el mundo. No se trata de ser más objetivo. No te pido ni siquiera empático, solo objetivo.

Bruno tomó la palabra:

—Carlos —le dijo, mirándolo a los ojos—, su hija y yo vamos a irnos de viaje. La quiero llevar a Italia.

—¡Qué lindo, Helenita! —interrumpió María, juntando las manos como si siempre hubiera querido eso para ella.

—Sí, pero no tiene pasaporte.

—A eso iba. Necesitamos un par de documentos. Yo me encargo del resto, tengo contactos.

—Me parece bien, pero los tengo que buscar —dijo Carlos, mientras su mujer intervenía diciendo que limpiaron y tiraron muchas cosas.

Helena se unió al juego:

—Pero no van a tirar mis documentos. Solo necesitamos la partida de nacimiento y el certificado.

—Lo vamos a buscar, quedate tranquila —dijo Carlos con un tono nervioso que se notaba en las palabras.

El invitado miraba la escena, controlándose para no hablar de más. Pero las imágenes que cruzaban por la cabeza de su compañera cada vez que la miraba fueron más fuertes: un hombre golpeando a su madre salvajemente, una

niña oculta en un ropero, Carlos golpeando con un cinto a esa niña que era Helenita, María llorando, pidiendo perdón por no poder hacer nada.

Bruno vio en los ojos de su amada el horror vivido por este ser despreciable llamado Carlos.

—Helena —preguntó Bruno—, ¿cuándo es tu cumpleaños?

—El 3 de marzo. ¿Y el tuyo?

—Nací el 1 de octubre de 1948.

Helena se lo quedó mirando.

—Ay, amor, dejate de joder. Debe ser en el 78.

—No. En el 78 murió el militante de Montoneros Bruno Paroli, y nació esto: un vampiro.

El silencio invadió cada hueco de esa casa. María reía nerviosa, queriendo evitar la catástrofe que se venía, pero era imposible. El plan de Bruno estaba en marcha. Plan o venganza, como le quisieran llamar.

Carlos, que no había dicho una palabra en todo ese rato, se incorporó de su asiento y quiso intentar sacar a ese loco de su casa y hacer que su hija volviera a la realidad. Pero ella estaba muda, no entendía nada.

—No estoy equivocado, Helena, mi amor. Nací en 1948 y morí con 30 años en 1978,

cuando los militares nos secuestraron a mí y a Marta.

—¿Marta? —Helena volvió a la realidad.

—Sí, Marta. Que lo sé, sé que me traje acá. Marta es tu mamá, y este señor no es tu papá. Y María tampoco es tu mamá.

—¿Y cómo encaja tu vampirismo en esa historia?

—Complicado. Rami, un loco que había conocido tiempo atrás, me rescató en ese momento. En ese lugar, fue muy veloz, nadie lo vio, y me convirtió en lo que soy ahora: un vampiro, un ser eterno.

María y Carlos se miraron, y antes de que pudieran hablar, el hombre extraño

arremetió contra ellos, chupándoles la sangre de una vez, con la velocidad de una mosca.

Helena caminaba hacia atrás, horrorizada por lo que estaba viendo, paralizada. ¿Quién era Bruno? En ese momento, un vampiro, una bestia, un monstruo que mató a dos personas frente a ella y que, con una velocidad inhumana, descartó los cuerpos. El lugar quedó como si María y Carlos nunca hubiesen existido.

Helena se despertó en el sillón de su casa, completamente sola. Tan mal, tan confundida, tanta información para estar sola. Pero él no se quería acercar. No soportaba la idea de que ella lo dejara, así que se alejó un tiempo, sin saber que ella lo quería igual. Necesitaba respuestas,

necesitaba empezar el camino de búsqueda con él.

Al fin y al cabo, él la metió en ese rollo. Él le recuperó la identidad, o al menos lo intentó. Pero su naturaleza hizo que todo se fuera al carajo.

Capítulo 7: El peso de la eternidad

La noche era fría, como siempre. Bruno caminaba por las calles desiertas de San Telmo, con el cuello del abrigo levantado y las manos hundidas en los bolsillos. No necesitaba el abrigo, por supuesto; el frío no lo afectaba. Pero lo usaba para parecer humano, para recordar cómo era sentir.

Llegó al lugar donde todo había terminado. O, tal vez, donde todo había comenzado. Un edificio abandonado, con las paredes cubiertas de grafitis y las ventanas rotas. Allí, en 1978, había perdido su humanidad. Allí, Marta había dejado de ser su compañera para convertirse en un fantasma que lo perseguía cada noche.

Bruno entró. El silencio era absoluto, roto solo por el crujir de sus pasos sobre los escombros. Cerró los ojos y respiró hondo, aunque no necesitaba el aire. Podía sentirla. Marta estaba allí, en cada rincón, en cada sombra.

—¿Por qué viniste? —preguntó una voz suave, como un susurro en el viento.

Bruno abrió los ojos. No había nadie, pero sabía que era ella. Marta.

—No lo sé —respondió, con la voz quebrada—. Tal vez para pedirte perdón.

—¿Perdón? —la voz de Marta sonó más fuerte ahora, casi burlona—. ¿Por qué? ¿Por dejarme morir? ¿Por convertirte en esto?

—No tuve elección —murmuró Bruno, sintiendo el peso de la eternidad sobre sus hombros—. Rami me salvó, pero me condenó. Y ahora... ahora estoy con Helena.

—Helena —repitió Marta, como si el nombre le doliera—. ¿Sabes lo que haces, Bruno? ¿Sabes lo que le estás haciendo?

—La amo —dijo Bruno, con una voz que temblaba—. Y no quiero perderla.

—Ya la perdiste —susurró Marta—. La perdiste en el momento en que decidiste acercarte a ella.

Bruno sintió un vacío en el pecho, un dolor que no había sentido en décadas. Sabía que Marta tenía razón. Sabía que su amor por Helena era peligroso, tanto para ella como para él. Pero no podía alejarse. No esta vez.

Mientras tanto, Helena estaba en su casa, sentada frente a una pila de papeles y fotos antiguas. Había pasado días investigando, buscando respuestas sobre

su pasado y sobre Marta. Encontró una foto desgastada, en blanco y negro, que la dejó sin aliento.

Era Bruno, joven y sonriente, con el brazo alrededor de una mujer. Marta. Helena la miró detenidamente, buscando algún parecido con ella. Lo había. No era exacto, pero estaba allí, en la forma de la nariz, en la curva de los labios.

—¿Quién soy? —murmuró Helena, sintiendo que el suelo se movía bajo sus pies.

Sabía que tenía que hablar con Bruno, pero no estaba segura de estar lista. ¿Qué pasaría si descubría que todo lo que sentía por él estaba influenciado por el legado de Marta? ¿Qué pasaría si

descubría que no era más que un eslabón en una cadena de dolor y pérdida?

Esa noche, Bruno y Helena se encontraron en el parque. La luna brillaba sobre ellos, iluminando sus rostros como si fuera una escena de una película antigua.

—Bruno —dijo Helena, rompiendo el silencio—, necesito que me digas la verdad.

Bruno la miró, con los ojos llenos de tristeza.

—¿Qué verdad?

—Sobre Marta. Sobre mí. Sobre todo esto.

Bruno suspiró y se sentó en un banco. Helena se sentó a su lado, esperando.

—Marta era mi compañera —comenzó Bruno, con la voz temblorosa—. Mi amor, mi todo. Cuando nos secuestraron, pensé que moriríamos juntos. Pero Rami me salvó. Me convirtió en esto. Y Marta... Marta se fue.

Helena lo escuchó en silencio, sintiendo que cada palabra la acercaba más a la verdad, pero también más al dolor.

—¿Y yo? —preguntó finalmente—. ¿Soy solo un reemplazo?

Bruno la miró, con los ojos llenos de lágrimas.

—No. No sos un reemplazo. Sos... sos mi segunda oportunidad.

Helena lo abrazó, sintiendo que el mundo se desmoronaba a su alrededor, pero también que algo nuevo estaba naciendo.

—No soy Marta —dijo, con la voz firme—. Pero tampoco soy solo Helena. Soy lo que vos y ella hicieron de mí. Y eso me hace fuerte.

Bruno la abrazó con fuerza, como si temiera que se desvaneciera.

—No quiero perderte —susurró.

—No me vas a perder —respondió Helena—. Pero tengo que enfrentar esto sola.

Helena está preparándose para ir a Plaza de Mayo al día siguiente, mientras Bruno la observa desde la ventana, sabiendo que no puede acompañarla bajo el sol.

Capítulo final: En donde late el final, allí estás

El noticiero mostraba el caos: el helicóptero yéndose, las abuelas en Plaza de Mayo, más de 35 muertos por la policía. Bruno, sentado en la penumbra de su casa, esperaba que se hiciera de noche para salir de cacería. Era lo único que lo distraía de Helena. Ella no estaba, y él no

se quería acercar. La amaba, la deseaba, pero no quería el rechazo de ella.

Helena caminaba triste hacia su casa. Ya no iba más a la plaza. La cambió por una psicóloga a la cual engañaba; no le contaba todo lo que vio. Lo amaba, ¿cómo podía ser? Pero era lo que amaba. No quería ponerlo en peligro. Cantaba para pasar la angustia, una de Serú Girán: "*O me mates este mediodía, nene*". Era la frase que le quedó como un loop en su cabeza, en su alma. Cabeza y alma sin Bruno, sin su amor. Era un duelo. Helena estaba viviendo un duelo que solo ella podía terminar.

Los separaban diez cuadras de distancia. Era tarde, pero no aguantó más. Salió de su casa, dejando la música prendida. No

había tiempo ni de arreglarse para atraer a su amado vampiro. Las calles estaban peligrosas, pero si le metía, llegaba. Y si no estaba, no le importaba. Era mucho el dolor. Dormiría en el escalón de la puerta.

Entre timbrazos y llamados, lo buscaba, lo reclamaba. Él, desde la ventana de su casa, la observaba. No podía salir, no aún. El sol lo mantendría encerrado hasta el anochecer.

—Helena —murmuró Bruno, con los ojos llenos de dolor—. Te espero.

Al día siguiente

Helena se levantó temprano, preparada para lo que iba a hacer. Encontró un papel en la mesa que decía: "*Nada es para siempre, amor. Que no te falte valor.*"

Se rió y pensó: *Este tipo es raro hasta para escribir algo lindo. Besó el papel. Pero lo amo.*

El trayecto hacia la sede de las Abuelas de Plaza de Mayo se hacía interminable. No pensaba en nada más que llegar allá y descubrir quién era en realidad. Si Marta, la compañera de Bruno, era su madre. Helena estaba en la puerta, dejando de ser Helena.

Un año después

—Helena Sánchez —la llamaron del escritorio del Registro Civil.

—Sí, sí, esa soy yo.

—¿Qué número de nieta recuperada es?

—No lo sé, no me fijo en esas cosas.

No había ningún familiar vivo para recibirla. Bueno, ninguno de sangre, pero sí las Abuelas, que se convirtieron en sus abuelas, y Bruno, que le devolvió su identidad, su alma. Su sangre fue, según él, su último acto de bondad. Solo porque era Marta. Solo porque era Helena. Solo porque los milicos le habían arrancado la vida, y Rami se la había devuelto en total oscuridad.

¿Qué fue de Bruno?

Ahí sigue. Cazando, siendo lo que es: un vampiro, viviendo a pleno su naturaleza. *Nos amamos, con todas nuestras diferencias abismales. ¿Si me puede convertir? No lo sé. Esta es mi naturaleza ahora: estar acá, escuchando nuevos aires, viendo cómo el nuevo presidente baja el cuadro de un asesino.*

¿Y Bruno? ¿Dónde está? Miren, allá en esa pared está su nombre, pero en realidad está acá, adentro mío. Lo llevo para todos lados. Lo oculto en el día y lo amo en la noche.

Y yo... Y yo estoy acá, sabiendo quién soy.